

En el número 2.º de esta Revista nos proponemos decir algo más sobre el luminoso escrito del insigne filósofo colombiano. El director de este periódico, discípulo del gran pensador de Aquino, pero también admirador profundo del Doctor Seráfico, gloria imperecedera de la Orden Franciscana, se limita por hoy a felicitar muy sinceramente al señor doctor Carrasquilla por su magnífica labor, en la cual brilla, a la par del pensamiento filosófico, la lumbre de la filología comparada.

(De *Anales Seráficos*).

INFLUENCIA SOCIAL DE LA MUJER

Y SU IMPORTANCIA EN LA DEFENSA NACIONAL

(Conferencia en la inauguración del *Ropero de Lourdes*, el 6 de octubre de 1912)

Señoras, señores :

Al hacerme cargo de la honrosa misión que hoy desempeño la hallé, como era natural, superior a mis fuerzas ; pero a decir verdad, despertaron en mí tan ardiente interés los objetos que en ella se envuelven, que no pude rehusar el cargo con que se me favorecía.

Confiada en vuestra benevolencia dejo la penumbra del sendero en que gusto deslizarme y avanzo por algunos momentos en la ancha vía llena de sol, cuya luz me deslumbra y me hace vacilar con una claridad a que no me encuentro acostumbrada.

Para atreverme a hablaros, buscaré con interés entre los rosales del camino la llave de oro del alma femenina y lo que también considero como el *sésamo abrete* de los corazones de mis compatriotas : religión y patria. Además, deseo que al alzarse en Colombia la voz de una mujer sea para exaltar altos ideales, para perseguir nobles objetos y no para defender derechos ilusorios, falsas prerrogativas, que las más de las veces sólo consiguen la desorganización de los hogares.

A Dios gracias, entre nosotros aún existe el sentido práctico de lo que debe ser una mujer, y aún está lejana la idea de las emancipaciones peligrosas, de las turbas desprestigiadoras del encanto femenino, que ganan en poder aparente, pero pierden la invencible fuerza de la debilidad.

Lejos estoy de creer que la mujer puede ocupar en las sociedades un lugar secundario, o que se la pueda descartar de los grandes problemas. Convencida estoy de su poder ; sólo deseo que consciente del cetro que lleva, lo emplee siempre gloriosa y noblemente.

No dudo que haya países en donde la organización social, las necesidades de la vida, la relajación de los caracteres y las aberraciones del progreso, hagan, si se quiere, necesarias las manifestaciones del feminismo en ciertas formas.

Entre nosotros aún es completamente exótico, y las damas colombianas sólo deben ligarse para el bien, para aliviar al desgraciado y salvar las sociedades, teniendo el noble orgullo de marchar siempre a la vanguardia de las mujeres civilizadas y cristianas.

Una de las fuerzas más poderosas del presente es, a no dudarlo, la de la mujer. Su influencia es apenas perceptible, a semejanza de la de la luna, que sólo parece acariciar con su lluvia de luz la masa de los mares, y sin embargo la levanta o la hunde con irresistible fuerza. Asimismo la mujer, con su labor constante y silenciosa puede llevar muy alto el heroísmo y la grandeza de los pueblos o hundirlos en abismos de degradación y cobardía.

Haciendo un sencillo análisis de los hechos humanos y buscando el origen de los acontecimientos, se tiene la certidumbre tantas veces adquirida, la convicción completa de que el bien o el mal de las sociedades depende exclusivamente de la mujer, de la educación que se le dé y del espíritu que informe sus acciones. Tanto es así, que puede asegurarse que la mala prensa, los libros hondamente corruptores, los teatros y los espectáculos, cuando con ellos

se ofende la dignidad de la mujer y se marchitan sus más delicadas virtudes, son en gran parte obra de ella, por no proscribirlas del hogar, por no ligarse contra el mal y evitar cuidadosamente su contacto, con lo cual se desquician y se hunden las sociedades cuando con la firmeza de la virtud podrían salvarse, ejerciendo constante sanción con prudencia salvadora y poniendo en juego para obtener mejores resultados ya la energía que detiene, ya la dulzura y el encanto femeninos.

Y no se diga, para disculpar la debilidad y la indolencia, que en muchos casos los hombres no ceden y que hay veces en que todos los esfuerzos son inútiles; hay que luchar hasta el último momento, sin olvidar que la influencia de la mujer es tan vieja como el mundo, y que de ello tiene la historia numerosísimos ejemplos.

Apenas aprendía el cielo a ruborizarse con los besos de las primeras auroras y a bordarse con los oros del poniente, cuando ya Eva doblaba la voluntad del primero de los soberanos.

Empezaban a delinarse las naciones, y la ligereza de Io, la hija de Inarcho, abandonando furtivamente a Argos para marchar en la nave fenicia, hizo que se declarara asoladora guerra, la primera entre la Europa y el Asia, y que los griegos se apoderaran de la hija de Tiro para vengarse de la supuesta ofensa. Siguiéronse luego las escapatorias de Medea y de Elena, que se consideraron como raptos, y se verificó el sitio de Troya, de terribles y numerosas consecuencias.

Más tarde en Roma, el pueblo de excepcional virilidad, los reyes terminaron por Lucrecia, los decenviros por Virginia, y el sitio de Coriolano a la altiva ciudad por los ruegos y las insinuaciones de Veturia.

Por último, en los tiempos antiguos descuella entre las paganas que sólo sirvieron como teas incendiarias para producir revoluciones y muertes, Cleopatra, que hizo olvidar a Marco Antonio el deber y la energía romana cuando

en Actium huyó en medio del combate, abandonando a sus soldados para seguir el barco en que se retiraba la caprichosa egipcia.

Viene el cristianismo, y la influencia de la mujer, que hasta entonces, con escasas excepciones, sólo se había hecho sentir para producir desastres, llena de luz el mundo y aparece una Elena que en vez de Troya da un Constantino, que trae la paz y la justicia; una Mónica, que da un San Agustín; una Clotilde, cuya fe salva a los francos en la batalla de Tolviac; una Blanca de Castilla, que antes que la corona de Francia procura que su hijo merezca la corona de la santidad.

Surge luego una Juana de Arco, a la que sirve de fondo oscuro, como para realzar su radiante figura, la sombra Isabel de Baviera, que entrega al extranjero la patria que había de salvar la Doncella de Orleans.

Más tarde, como un contraste de las que acabo de citar, el pernicioso influjo de una mujer se hace sentir de un modo trágico en uno de los países más serios de la tierra. Puede asegurarse que sin Ana Bolena, el protestantismo no se habría adueñado tan fácilmente de Inglaterra, y Enrique VIII, orgulloso con su título de "Defensor de la fe," que había recibido del Papa, no se habría convertido en el teólogo impulsivo que solucionaba con el cadalso sus discusiones religiosas, procurando ahogar sus remordimientos en sangre.

Para desvanecer estas sombras de lo que puede la vanidad humana, busquemos la luz del cuadro que rápidamente procuraremos diseñar, y la hallaremos, a no dudar, en el orden profano, en la gran figura de Isabel de Castilla, magnánima reina en la cual cristalizaron todas las grandezas, todas las energías del ánimo femenina.

No es su condición real, no es el éxito de sus conquistas ni la extensión de sus dominios lo que atrae poderosamente la atención hacia esta mujer admirable; es su gran corazón fragua de ardiente caridad, es su alma generosa

que supo adivinar lo que era aún confuso en su inteligencia, sombreado aún por una época que acababa de surgir de la edad media.

Sujeta por la red de inveterados prejuicios, se hizo superior a ellos y, con la vista puesta en Dios, se lanzó en desconocida empresa, sin que a ello la animara el egoísta monarca, que nunca la superó ni siquiera alcanzó a igualarse a su augusta compañera. Difícil es separar la vista de esta extraordinaria mujer tan atractiva en todas las fases de su vida. Si en algún caso puede tachársele de excesivo celo, es muy excusable por el medio en que vivió, y porque, como todo mortal, pagó tributo a la imperfección humana.

Como mujer de hogar fue modelo acabadísimo por su consagración sin límites al que había elegido con espontaneidad desusada en aquel tiempo; como madre hizo que sus hijos poseyeran todos los conocimientos de la época, y les dio tal temple de alma con su cristiana educación, que la desgracia no pudo doblar nunca a su heroica hija Catalina de Aragón.

Como reina, Isabel levantó tan alto su poderosa monarquía, que bien pudiéramos decir que no sólo dejó filones de oro y de piedras preciosas para sus descendientes, sino que para ellos acopió la gloria, gloria con la cual se engalanó brillantemente Carlos V, se adornó con regia severidad Felipe II, se vistió sin interés Felipe III, la desgarró Felipe IV y sus jirones desaparecieron con Carlos II, el último de los Austrias.

Si me he detenido en Isabel de Castilla, es porque me parece la figura más grande y más interesante de todas las mujeres de la historia, en el orden humano. Modelo digno de imitarse por la caridad que la animaba y la fe inquebrantable que la sostenía.

Cuando tuvo noticia de que se trataba de esclavizar a sus súbditos de América, exclamó con verdadera indignación: Yo no quiero siervos para la tierra, yo sólo quiero obtener

las almas para el cielo. Y tomó todas las medidas para evitar aquella iniquidad.

La abnegación y la grandeza de alma, con pocas excepciones como la que acabo de citar, no se producen bien a la sombra de los tronos; la inteligencia y la virtud no son un patrimonio real.

En los países en donde cada mujer tiene iniciativa privada, en donde cada una es la reina de su hogar, al juntarse y ligarse ese poder, resulta el de una soberana que lleva la masa social a donde quiere. Más fuertes que todas las antiguas realidades son hoy las ligas y las asociaciones femeninas.

Si nos hallamos hoy aquí reunidos es porque un lazo sagrado, el de la fe y el de la aspiración común, nos une poderosamente bajo el nombre de María, de María el modelo supremo, la luz indeficiente, que debe guiar a la mujer en todos los pasos de su vida y que hasta ahora no había nombrado porque es la perfección absoluta, y después de la Madre de Dios, son inútiles y despreciables todas las citas humanas.

María, la virgen sin mancha, la que se envuelve en los colores del firmamento y coronada de luz detiene sus plantas en aromadas rosas, es la que preside la congregación que en estos días celebra sus bodas de plata.

El Ropero de Lourdes; hé aquí unas palabras que nada especial dicen para un oído indiferente, pero cuán honda importancia poseen si se analiza lo que ellas significan.

En los atardecidos grises, cuando la niebla envuelve el horizonte y las agudas espadas del frío cruzan los espacios, cuando una lluvia fina y punzadora nos azota el rostro y con rápido paso nos dirigimos al tibio hogar que nos espera, soñando con pieles y acolchados, más de una vez nuestra pupila ha sido herida por la dolorosa imagen de criaturas semidesnudas que se agrupan temblando de frío en un portal de piedra, o saltan delante de nosotros agitando sus harapos como plumajes rotos de aves heridas,

o como payasos trágicos del circo aterrador de la miseria. Para evitar esas crueles visiones, para cubrir esa desnudez inocente y dolorosa, la caridad cristiana ha establecido el Ropero de Lourdes.

A nuestras puertas llegan la anciana desvalida y muchas veces la mujer aún joven, envejecida por la desgracia, cubriendo apenas el demacrado cuerpo y dibujando con el escaso ropaje las angulosas formas del dolor; asetadas por el frío, batidas por el huracán aquellas incompletas vestiduras, dejan a veces ver la piel marchita y amarillenta por el hambre.

Para dar calor a aquellos pechos helados por el abandono y abrigar a aquellas favoritas del pesar, la caridad cristiana ha establecido el Ropero de Lourdes.

Para arrancar al abismo las víctimas que en él precipita la miseria; para cubrir con la simbólica y blanca vestidura a aquellas cuya alma ha sido preparada para recibir por primera vez la Eucaristía; para los niños que, aun sin saber hablar, ya se sienten cruelmente mordidos por la intemperie y azotados por gélidas ráfagas, para todos ellos la caridad cristiana ha establecido el Ropero de Lourdes.

¡Qué hermosa y grande es la caridad en todas sus manifestaciones! ¡Cuán ingeniosa para llevar a cabo la realización de sus ideales!

¡Qué bello *sport* para el espíritu es el ejercicio de la caridad! ¡Qué supremas fruiciones experimenta el alma cuando ejerce el bien! Si la fe traslada las montañas, San Pablo dice que la caridad fuerza las puertas del cielo.

No comprendo las horas de hastío ni los cansancios de la vida cuando el corazón está animado por el amor al prójimo y se ha probado la dicha, de intensidad extraña, de hacer el bien sin pensar en la tierra estéril en donde se siembra, sino con la vista fija en Dios, que hace florecer la semilla perdida en los jardines del paraíso.

¡Ay de los indolentes! ¡Ay de los egoístas, higueras estériles, vergüenza y cansancio de la raza humana! El cora-

zón del egoísta es una piedra inútil que abrumba con su peso y hiela con su proximidad.

Hay muchos seres cuyos ojos se llenan de lágrimas al leer la descripción de una desgracia o la orfandad de una criatura, y sin embargo pasan de largo ante el humilde ruego de un desventurado o ante el llanto y la desnudez de un niño; como si la sensibilidad sólo fuera un lujo que diera más valor a las emociones literarias. Se llora por el pesar escrito y se rehusa zurcir un vestido o contribuir con el reproductivo óbolo de la caridad.

El *Ropero de Lourdes* tiene, además de los ya mencionados, otro objeto que debe llenar de orgullo a las damas que lo forman y a todos cuantos contribuyen a su prosperidad.

El *Ropero de Lourdes* se ocupa activamente en la defensa nacional y la tiene entre sus principales miras.

¡La defensa nacional! Al oír estas palabras vibra al unísono el alma colombiana, e instintivamente miramos en torno como para buscar el puesto que en cualquier forma podemos tomar en las filas de los defensores.

Yo he visto a nuestras damas enrojecer de indignación y palidecer de pena cuando circula la quemante sospecha de una nueva humillación para nuestra patria. Yo las he oído lamentarse de la inutilidad de sus esfuerzos, de la triste imposibilidad de ceñirse un fusil y llevar su decisión y su entusiasmo hasta las amenazadas fronteras.

Hoy, a Dios gracias, sin hechos insólitos se puede ayudar eficazmente a la defensa nacional con todo el fervor del alma femenina y sin salirse de la esfera de sus facultades.

Quando la audaz rapiña de Roosevelt, el cazador de fieras y de territorios, mutiló desvergonzadamente a Colombia, cuando Panamá pretendió tomar puesto de nación enarbolando la bandera de la traición y de la ingratitud, al hierro candente de la humillación, al despecho del ultraje, se unió la imposibilidad de castigarlo, y la impotencia de

reivindicar como se debe tan sagrados derechos. Y no fue sólo el exceso de fuerza con que el usurpador se respaldaba lo que convirtió en desaliento el heroico gesto de indignación y de vergüenza con que Colombia se irguió al sentir el latigazo del despojo.

La valla que le opuso la naturaleza, el descuido de tiempos pasados para formar un camino terrestre que fácilmente nos comunicara, ya que carecíamos de marina, fueron la causa principal de que si no podíamos reducir a los traidores, protegidos por los amos que eligieron, a lo menos se habría podido castigar su felonía y la tendencia a esclavizarse y a buscar señores, después de haberse llamado colombianos. Con fácil transporte por tierra hasta la región rebelde sin dificultad nos habríamos apoderado de los jefes desleales, reduciendo luego sin dificultad el rebaño insubordinado e inconsciente. Y si las fuerzas del norte, contra todo derecho, se hubieran opuesto descaradamente a la justicia de nuestra causa, habríamos dado al mundo un espectáculo que, cubriendo de vergüenza y descrédito al pueblo americano, nos habría colocado muy alto como nación débil que defiende sus derechos y lucha heroicamente contra la fuerza bruta que exhibe su deslealtad y cobardía. Y aun cuando las condiciones de los luchadores fueran en extremo desiguales, numerosos ejemplos habrían autorizado nuestro glorioso atrevimiento.

En los tiempos antiguos, Tomyris, la reina de los masagetas, por amor a su patria, aunque nómada y bárbara, supo detener a Ciro el Grande en su carrera triunfal; los boërs le hicieron frente a la soberbia Inglaterra; Aguinaldo inquietó largamente con sus valientes filipinos al atrevido yanqui, y Menelik, con sus negras hordas ebrias de patriotismo, puso en fuga a la poderosa Italia.

No había de ser menos que ese pueblo de Africa, Colombia, tierra clásica del valor y el heroísmo legendario, donde florecen los Ricaurtes, surgen los Girardots, y donde entre una falange de héroes que deslumbra con la luz

de sus hazañas hay Córdobas que enseñan a la república desde su nacimiento el paso de los vencedores.

Al presente, la cuestión palpitante para nuestra patria y de capital importancia es la apertura de caminos hacia la región oriental. Más que levantar un numeroso ejército conviene la comunicación fácil y rápida en nuestro territorio; es el medio seguro de detener las colonizaciones invasoras.

Todos vosotros habéis fijado vuestro corazón y vuestro pensamiento en la inmensa llanura que demora hacia el este. Es el suelto manto de la república que se extiende con soberana majestad, y cuya halda franjean con suntuosidad insuperable Amazonas y Orinoco. Acuchillando la regia vestidura con sus bordados de plata, bajan de los hombros de Colombia nuestros caudalosos ríos Putumayo y Caquetá, deslumbrando con su riqueza al artero vecino que, escudado por la lejanía que nos impide guardar nuestro tesoro, penetra en el cercado ajeno dos veces sagrado, porque pertenece a los que los constituyeron en nación. En esas regiones desatendidas por completo desde que los jesuitas se vieron forzados a dejar las misiones que allí habían establecido, moraban hasta hace poco algo más de cincuenta mil indios, cincuenta mil colombianos, con almas como las nuestras, que, civilizados y atendidos, habrían constituido un ejército brillante, capaz él solo de defender nuestras fronteras y conquistar, si se quiere, en caso de insistente alevosía, un pueblo falaz y sin historia.

Y lo que ha sucedido en esos territorios que nos pertenecen, la suerte de esos infelices indios, que no se han podido proteger por falta de caminos y misiones, es lo que hoy denuncia horrorizada la prensa europea y que nos hace temblar de indignación y lleva a nuestros ojos lágrimas de impotencia y de rabia.

Cerca de cuarenta mil indios han perecido en el último tiempo por la codicia de los caucheros peruanos, que los esclavizaron sin piedad para obtener, con el improbable trabajo.

de esos desventurados, fabulosas riquezas. Con crueldades que hubieran hecho honor a los sicarios neronianos y a los sombríos ejecutores medioevales, las risueñas comarcas que nos pertenecen, han sido manchadas por los invasores, que son vergüenza de la civilización. Emulos de los mandatarios de Siam y de Dahomey han cometido crímenes de lesa humanidad, excusables, en los que hablan de razas inferiores y se glorían de no poseer una alma.

Más de diez mil salvajes que aún vagan en esas regiones, deben de ser salvados a toda costa y sin omitir esfuerzo alguno. Habiendo nacido bajo nuestra bandera, no deben ser esclavos de peruanos, hay que reducirlos y civilizarlos para ganar sus almas para el cielo, al par que decididos defensores para nuestras fronteras.

El Ropero de Lourdes envía a los misioneros que con tanto celo atraen a nuestros pobres indios, la mayor parte de los vestidos que se fabrican por la asociación, con el objeto no sólo de cubrir a esos moradores de la selva, sino con el de facilitar su agrupación en las poblaciones que se están fundando, tales como Asís, Santiago y Sibundoy.

Por eso os he dicho que el Ropero de Lourdes contribuye a la defensa nacional.

A medida que las limosnas crezcan, a medida que las damas comprendan que deben contribuir con muchas cosas que para ellas son superfluas e inútiles; cuando se den cuenta de que con cada pieza que zurzan no sólo se abriga al desnudo, sino se ayuda a la defensa de la patria, creo que su actividad se redoblará con ardiente entusiasmo, y las misiones tendrán en ellas un auxiliar poderosísimo.

Es cierto que el gobierno apoyará con interés esta obra magna, pero no sólo con auxilios oficiales se debe realizar esta empresa nacional, en ella debe ponerse el corazón de Colombia, y nuestras damas deben tomar como suyos los intereses orientales, como su poderoso influjo sobre los que legislan y ejecutan leyes, no deben dejar olvidar un momento las necesidades de la patria. Que se enseñe a los niños a

amar a Colombia, que se les dé una idea clara de dónde es el Caquetá y el Amazonas, y que se les diga que allí corre peligro la dignidad de nuestro país; que antes de que sepan que Mompós y Cartagena se hallan en el paso para Europa, donde se encuentran todos los placeres de la vanidad, se les enseñe la importancia que tienen esas ciudades por sus glorias y porque en ellas se cumplieron grandes acontecimientos de la historia.

Hay que hacer revivir el amor patrio, aunque haya quienes crean que es una antigualla ya en desuso, pero los pocos que así piensan, son algunos descastados o seres débiles, las más veces mujeres de cerebro vacío o de corazón esterilizado por la vanidad. El amor patrio es una de las virtudes bendecidas por Dios y de su especial predilección, así lo prueba la historia del pueblo escogido, con numerosísimos ejemplos.

Hagamos prosperar el Ropero de Lourdes, y preocupémonos de la defensa nacional; cuando vengan las horas de desaliento, cuando nos invada natural indolencia, pensemos en La Pedrera, y el golpe eléctrico que reciba nuestro corazón y el sonrojo que invada nuestra frente, nos hará mover en busca de recursos para las misiones, y apresurará nerviosamente el movimiento de la aguja que ha de cubrir a un futuro defensor de la república. No esperemos el día de un verdadero desastre; si lo que fue sólo un amago de vencimiento, si ese vergonzoso abuso que hizo el Perú de la deslealtad y de la fuerza, nos hace estremecer de indignación y de humillante pena, pensad en lo que sentiríamos si de verdad se obtuviera un triunfo sobre nuestra patria!

Hagamos como los antiguos conquistadores que, para adueñarse de los territorios y enseñorearse de los mares, tomaban en una mano la imagen de Cristo y en la otra el pendón de Castilla; recobremos y hagamos infranqueables para el advenedizo sin conciencia, nuestra región oriental, llevando en una mano el pendón de María y en la otra la hermosa bandera de Colombia.